

“El principio del martirio como clave de la verdadera felicidad”
Homilía para la Solemnidad de Todos los Santos
1 de noviembre de 2020: Catedral de Santa María

Introducción

Es un acontecimiento feliz del calendario de este año que el 1 de noviembre caiga en domingo. Y así podemos celebrar el Día de Todos los Santos en el Día del Señor; la Solemnidad de Todos los Santos tiene el grado de solemnidad más en el calendario de la Iglesia, y por lo tanto tiene precedencia sobre la misa dominical en el Tiempo Ordinario. Así que es una ocasión doblemente feliz en la que podemos reunirnos para rendir culto hoy, y especialmente quiero dar la bienvenida a nuestros visitantes a nuestra Catedral hoy. Estamos muy contentos de que se hayan unido a nosotros a medida que volvemos gradualmente a las celebraciones litúrgicas en el interior, continuando el respeto de las medidas de seguridad que debemos tomar para hacer nuestra parte para frenar la propagación del virus.

Categorías crecientes de santos

Esta Solemnidad de Todos los Santos es, como es habitual en la Iglesia, de origen antiguo. Desde los primeros tiempos en la Iglesia, había un día festivo para conmemorar a todos los mártires. Originalmente, muy al principio, los mártires eran los que eran considerados como santos. Tenemos una alusión a esto en nuestra primera lectura para la Misa de hoy, este pasaje del Libro del Apocalipsis. San Juan tiene esta visión, como él la describe, de “una muchedumbre tan grande... de todas las naciones y razas, de todos los pueblos y lenguas”, y luego pregunta quiénes son, y escucha: “Son los que han *pasado por la gran persecución* y han lavado y blanqueado su túnica con la sangre del Cordero”. Estos fueron los primeros mártires, especialmente en Roma, donde hubo una persecución tan feroz.

Podemos ver cómo la Iglesia de Roma reconoció a estos mártires de otras maneras. Por ejemplo, en el año 609, se dedicó una iglesia en honor de “Nuestra Señora y Todos los Mártires”. Lo conocemos por otro nombre: es el “Panteón”. El Panteón había sido un templo pagano dedicado a todos los dioses paganos romanos, por lo que es un edificio muy antiguo. Era un templo para todos los dioses: es por eso que fue llamado “pan-theon”, “todos los dioses”. Ahora, el Panteón honra a aquellos que dieron sus vidas porque se negaron a adorar a esos falsos dioses paganos para ser fieles a la adoración del único y verdadero Dios. Poco después de esta dedicación, se creó una fiesta especial para honrar a todos los santos, no sólo a los mártires. Lo que sucedió fue que, especialmente después del tiempo de persecución, surgieron nuevas categorías de santos. Aquellos que no eran mártires eran llamados “confesores”, por confesar la fe.

Inicialmente, los que fueron reconocidos por este grado de santidad fueron los que buscaron a Cristo en el desierto, en la soledad del desierto. Esto comenzó incluso antes del final de la persecución, comenzando en el desierto en Egipto. Se retiraron allí en soledad para buscar al Señor, y de estos desarrollaron las órdenes de monjes y vírgenes, más categorías de santos. Estos fueron los que fueron considerados como los “mártires blancos”, no los “mártires rojos”, los mártires literales, que derramaron su sangre, sino los “mártires blancos” porque murieron a todas las cosas de este mundo, todas las búsquedas mundanas, todos los deseos mundanos.

Eventualmente, estas comunidades monásticas comenzaron a ejercer obras de misericordia y caridad, y así surgieron aún más categorías de santos: educadores, estudiosos, misioneros, entonces incluso más allá de las filas de los monasterios, incluso las autoridades

civiles —emperadores y personas de la nobleza— a quienes la Iglesia ha reconocido como santos porque vivían una vida austera y devota y tenían un cuidado especial para los pobres. Comprendieron su papel de autoridad de gobierno civil para cuidar a los más vulnerables. Algunos de ellos incluso renunciaron a su poder mundano no sólo para servir a los pobres, sino para llegar a ser pobres con los pobres a fin de dedicar sus vidas a los pobres. Las viudas, también, siempre han tenido un lugar especial en el servicio a la comunidad cristiana, incluso volviendo a los tiempos bíblicos.

Por lo tanto, creció el entendimiento de que todos los ámbitos de la vida, todas las vocaciones, son un medio para la santidad. Es por eso que Dios nos da una vocación, e incluso el trabajo que hacemos en nuestras profesiones es un medio para nuestra santidad. Viudez, estado matrimonial, paternidad, vida religiosa consagrada, sacerdotes, papas, y, sí, lo crean o no, ¡incluso algunos obispos han sido santos canonizados!

Reconstruyendo la civilización: La visión cristiana del mundo

Así es como la Iglesia reconstruyó la civilización después de la caída del Imperio Romano. La Iglesia reconstruyó la civilización, pero la reconstruyó de una manera cristiana, de modo que, no es exagerado decir que todo lo bueno que tenemos puede remontarse eventualmente a lo que la Iglesia nos dio o preservó de la antigüedad y mejoró, ya que estaba reconstruyendo una floreciente civilización cristiana. Eso puede parecer una afirmación atrevida, pero diría que si lo remontan lo suficiente, incluso nuestra tecnología, nuestras redes sociales, es posible debido a los avances en la investigación científica. Fueron esos monjes los que comenzaron a hacer investigación científica. Descubrieron el método científico de investigación, y entonces eso comenzó a florecer aún más cuando la Iglesia comenzó a establecer universidades, otra cosa, otra cosa buena, que la Iglesia ha dado al mundo: las universidades. Y luego están los hospitales, el concepto de derechos humanos y del derecho internacional, por no hablar de los más obvios con innovaciones en arte, música, arquitectura, incluso nuestra teoría moderna de la música occidental y la forma en que se escribe la música se remonta a las innovaciones que la Iglesia hizo con el canto y la notación del canto gregoriano.

Este es un mundo imbuido de un ethos cristiano donde toda actividad, todas las vocaciones, todos los estados de vida, todo trabajo tiene como objetivo ser medio para la santificación personal. Pero el punto de referencia es siempre ese principio del martirio: la muerte a sí mismo por el bien de los demás. Es vivir solo para uno mismo o principalmente para uno mismo lo que nos atrapa en una rutina —en el mejor de los casos— de mediocridad y, en realidad, puede terminar siendo dañino para uno mismo y para los demás. Pero ese principio del martirio, morir a sí mismo por dar a los demás, estos son los que “pasan por la gran persecución”.

San Juan estaba hablando de la persecución de la Iglesia en su tiempo, y también en cada época de la historia de la Iglesia, ha habido persecución. Este “pasar por la gran persecución”, aplicado a nosotros, tiene dos sentidos. Existe el sentido interior, la persecución de las tentaciones, la atracción que sentimos para caer en el pecado y el egoísmo, aún más, aquellos que están lidiando con ansiedades y adicciones y este tipo de cosas: estas son las persecuciones interiores. Pero también están las persecuciones exteriores, las que vienen del exterior, la presión que a veces sentimos para violar los principios de nuestra fe, para violar el hacer el bien.

Pero al sobrevivir a este tiempo de gran persecución, al fortalecer nuestro músculo espiritual con oración y adoración y ayuno y servicio, así es como sobrevivimos y así logramos la vida de bienaventuranza. Y así en el Día de Todos los Santos, siempre escuchamos este mismo

evangelio, las bienaventuranzas, el comienzo de Nuestro Señor del Sermón de la Montaña en el Evangelio de san Mateo. Él proclama estas bienaventuranzas. Las leemos hoy porque estas bienaventuranzas son las marcas de la santidad. Se les llama “bienaventuranzas” porque “bienaventuranza” simplemente significa “dicha”, “felicidad”. *Beato* en latín significa “dichoso”, “feliz”, por lo que una vida de bienaventuranza es una vida de dicha y felicidad, pero no en ese fugaz sentido superficial; es el sentido verdadero, profundo y duradero, ese sentido de que uno está en paz con Dios y con la propia conciencia.

La última bienaventuranza

En este sentido, podemos decir que, entonces, la última bienaventuranza es el punto de referencia para todas las demás, si volvemos a ese principio del martirio. Esa última bienaventuranza es el punto de referencia. Esa última bienaventuranza, si la escuchan, es única en comparación con las demás.

En primer lugar, a diferencia de los demás, hay condiciones para ella. Todas los demás son simples declaraciones sin condiciones. “Dichosos los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos”, “Dichosos los que lloran, porque serán consolados”. Pero, ¿se dan cuenta de que aquí hay dos condiciones? Nuestro Señor dice: “Dichosos serán ustedes, cuando los injurien, los persigan y *digan cosas falsas de ustedes por causa mía*”. Esas son las dos condiciones. “Decir *cosas falsas* de ustedes”; no por una razón válida, ¿verdad? Si hacemos algo insultante y luego se nos insulta a cambio, eso no cuenta; eso no conduce a la bienaventuranza. Y luego dice: “*por causa mía*”. Todos en la vida tienen que sufrir; todos sufren tratamientos duros de una manera u otra en algún momento u otro; pero no se trata de sufrimientos de cualquier tipo: es específicamente el sufrimiento por causa Cristo lo que nos trae la bienaventuranza, si sobrevivimos al tiempo de persecución. Este, una vez más, es el principio del martirio.

Ahora, hay una cosa más que hace que esta bienaventuranza sea única. ¿Notaron cómo Nuestro Señor cambia a la segunda persona en esta bienaventuranza? Todos los demás están en tercera persona: “Dichosos los que...”. Aquí, lo hace muy personal: “Dichosos serán *ustedes*”. Lo hace mucho más personal, como si estuviera diciendo: “¿Y ustedes? ¿Me traicionarán como Judas? ¿O serán como la gran multitud de mis seguidores de cada nación, raza, pueblo y lengua, que no se inclinaron en homenaje a dioses falsos, sino que se lavaron a sí mismos limpios en mi sangre que derramé por ellos, e incluso derramaron su sangre por mí, y así sobrevivieron el tiempo de gran persecución al no vacilar en su adoración de mí, su único Dios verdadero, Creador, Señor y Salvador?”.

El período de gran persecución

Esta, amigos míos, es la cuestión del momento para nosotros porque ahora hemos entrado en otro período de gran persecución. No digo que estemos “a punto de entrar” o “estamos entrando”. Ya *hemos entrado* en un período de gran persecución, ya que vemos el desmantelamiento de la civilización occidental a nuestro alrededor. Esto es algo que en realidad ha estado sucediendo durante mucho tiempo, pero lo vemos ahora con una vehemencia sin paliativos, incluso literalmente desmantelando la civilización occidental con el derrumbe de estatuas, que ha estado sucediendo en nuestra Arquidiócesis y ha estado sucediendo en todo el país. Vemos la propiedad de la Iglesia siendo vandalizada, se entra en ella con el propósito de derribar y desfigurar las estatuas de nuestra Madre Bendita, por no hablar de nuestros maravillosos santos como san Junípero Serra. Nuestra propia Misión Dolores es un ejemplo del vandalismo de la propiedad de la Iglesia. Así que incluso literalmente, además de hablar

figurativamente, con el sentido de reescribir la historia con una narrativa falsa y “cancelar” las partes de la historia que estos protagonistas encontrarían vergonzosas para su causa.

Ahora estamos presenciando una especie de regreso a la adoración de los dioses paganos, dioses paganos de un tipo diferente: autoindulgencia, avaricia, placer; sobre todo, el poder. La antigua civilización pagana colapsó, la Iglesia la reconstruyó de una manera cristiana, y ahora la vemos siendo desmantelada y reemplazada por una especie de cultura pagana. Pero para hacer esto, tienen que cancelar la Civilización Occidental; incluso escuchamos esa frase, la “cultura de la cancelación”, porque así es como cancelan la Iglesia. Esta civilización occidental es el hermoso regalo de la Iglesia al mundo, la Iglesia dando al mundo tanta verdad, belleza y bondad. Y así la Iglesia está inextricablemente identificada con la civilización que ella construyó. Por lo tanto, tienen que vilipendiarla para destruir e intentar cancelar a la Iglesia como su camino al poder.

Preservar el derecho a practicar la fe en la plaza pública, la sólida libertad religiosa y la vida de la Iglesia, esto es lo que protege a una sociedad contra la tiranía. El tiempo de gran angustia está ahora sobre nosotros, cuando los verdaderos discípulos serán separados de los impostores.

Conclusión

Qué abundante es Dios en su misericordia, al darnos tan amplia oportunidad de santidad, que es como decir ¡una amplia oportunidad de dicha y felicidad! La santidad es la vida de la bienaventuranza; la bienaventuranza es la felicidad verdadera, profunda y duradera. Es el momento de agradecer al Señor esta oportunidad de mostrarle nuestro amor y fidelidad de forma tan evidente —tantas oportunidades— y así alcanzar la excelencia espiritual, la vida de la verdadera beatitud. Este es el momento de reflexionar seriamente sobre la pregunta que nuestro Señor nos hace a cada uno de nosotros en este momento: “¿Y tú?”.